

Gran y Santo Sábado ***“Con temor y temblor”***

Padre John Breck

Milagrosamente, el cristianismo ortodoxo ha preservado la esencia de “*la fe, que ha sido transmitida a los santos una vez por todas*” (Judas 3). Por la purísima gracia de Dios, se ha mantenido la fe apostólica frente a extraordinarias presiones, desde la persecución y martirio, al secularismo y pluralismo occidental. Sin la gracia, la Ortodoxia habría desaparecido antes del final del primer milenio. Y sin ella, habría desaparecido la “verdadera creencia” y la “verdadera adoración”. A causa de la supervivencia provista por Dios y la expansión inspirada por Dios por medio de la llamada “diáspora”, la Ortodoxia continua preservando, proclamando y celebrando la verdad sobre Dios y sobre nosotros. Más que cualquier otra expresión de fe cristiana, nos permite conocer a Dios, celebrar su obra salvadora, y participar en Su verdadera vida. Tomando prestada la expresión de San Inocencio Veniaminov, la Ortodoxia no hace más que indicarnos y guiarnos por el Camino que conduce al reino del cielo.

Sin embargo, este camino incluye un aspecto que es particularmente difícil de preservar y cultivar en nuestra sociedad moderna: un aspecto expresado muy elocuentemente en el Himno de la Divina Liturgia del Sábado Santo, tomado prestado de la Liturgia de Santiago el Apóstol. En este día, cantamos con solemne anticipación palabras que expresan asombro (“temor y temblor”) ante el inefable misterio de la muerte y la resurrección venidera del eterno Hijo de Dios.

“¡Que toda carne mortal guarde silencio, y permanezca con temor y temblor, sin meditar nada mundano. Porque el Rey de reyes, y Señor de señores, viene a ser sacrificado, y a entregarse como alimento a sus fieles!”.

En las celebraciones habituales de la Divina Liturgia, nos exhortamos a nosotros mismos y a los demás a “apartar a un lado toda preocupación mundana”, para recibir “al Rey de todo”. En el Sábado Santo, en el que conmemoramos el descanso de Cristo en la tumba y Su descenso al reino de la muerte, recordamos el precio pagado por nuestra liberación de la muerte y la corrupción. Declaramos que Él, el preexistente Hijo divino del Padre, vino al mundo y a nuestra vida con un propósito: morir para que por medio de su muerte pudiéramos tener la vida, vivida en comunión eterna con la Santa Trinidad.

No hay nada en la experiencia humana, ni siquiera en la imaginación humana, que pueda ofrecer una gran promesa y un gran gozo como este mensaje central del Evangelio cristiano. Sin embargo, para muchos de nosotros, el aspecto más familiar y penoso de nuestro viaje cuaresmal

probablemente sea nuestra incapacidad de unirnos a este mensaje (a esta extraordinaria promesa) de forma que cambie realmente nuestra vida. La distracción, la dispersión en el caos, ya sea desde fuera o desde lo profundo de nuestra propia psique, ejerce su influencia demoníaca en cualquier fase de nuestra vida diaria, mientras estamos trabajando, con nuestros amigos o familia, o en un oficio litúrgico. Y así, vivimos nuestras vidas superficialmente, sintiendo poco de lo que realmente es importante en este mundo, lo único que es verdaderamente necesario.

El Gran Sábado nos llama de vuelta a lo esencial. En el Himno de Entrada, especialmente se nos recuerda que nuestra vida es un campo de batalla, donde la lucha constante nos enfrenta con el enemigo, contra las malas inclinaciones de nuestra naturaleza caída. Apropiadamente, nos llama a participar en esta lucha con temor, con temblor y en silencio.

Uno de los grandes maestros de la tradición ortodoxa, el místico del siglo XV, Diádoco de Fótica, capturó el vínculo vital entre el silencio interior y la lucha espiritual, con estas palabras:

“El conocimiento espiritual llega por medio de la oración, la profunda quietud y el completo desapego... Cuando el intenso poder del alma (thymikon, ira espiritual) se alza contra las pasiones, debemos saber que es hora del silencio, ya que la hora de la batalla está a punto”.

Al final de la Gran Semana, mientras viajamos con nuestro Señor hacia Su resurrección, escuchamos una vez más, en las palabras del Himno de la Entrada del Gran Sábado, una invitación a entrar en ese silencio: silencio que es esencial si vamos a asumir con verdadera fidelidad la lucha ascética que caracteriza nuestra entera “vida en Cristo”.

Con ese silencio estemos en santo temor ante el Rey de reyes y Señor de señores. Durante unos momentos trasladémonos más allá de la superficialidad de nuestra existencia social y cultural: el ruido, la distracción y la inutilidad de nuestra rutina diaria. Por la gracia de Dios, descubramos al menos un mínimo de “oración, profunda quietud y desapego”. En esta quietud (en el silencio concedido a nuestra carne mortal), contemplemos las insondables profundidades del amor del sacrificio de Jesús, por nosotros mismos y por toda la humanidad. Y “con temor y temblor”, recibámoslo como alimento eucarístico, el Pan del cielo, que nos alimenta para la vida eterna.

Traducido por psaltir Nektario B.

Para cristoesortodoxo.com

© Marzo 2015